

# ***Hospes, hostis: la experiencia de las viajeras francesas e inglesas decimonónicas en Mallorca***

Isabelle Bes Hoghton  
Universitat de les Illes Balears, Espanya

**Abstract** The article explores the evolution of the concept of hospitality in nineteenth-century travel narratives, focusing on the unique experiences of women travelling to Mallorca. While the principles of Homeric hospitality were constrained by Kant and the Encyclopedists at the end of the eighteenth century, what form of hospitality awaited these travellers? How did French writers George Sand, Joséphine de Brinckmann, and Jane Dubuisson; Austrian traveller Mme de Harrasowsky; and English visitors Elizabeth Mary Grosvenor and H. Belsches Graham Bellingham experience Mallorca? Were they met with hospitality or inhospitality, and did they encounter a form of hospitality that was universal or conditional?

**Keywords** Hospitality. Travel narrative. Mallorca. Nineteenth century. Women travellers. Women's travel.

**Índice** 1 Introducción. – 2 La bienvenida. – 3 La recepción en casas nobiliarias. – 4 La acogida en posadas y casas de huéspedes. – 5 Conclusión.



#### Peer review

Submitted 2025-01-20  
Accepted 2025-03-25  
Published 2025-06-20

#### Open access

© 2025 Bes Hoghton | CC-BY 4.0



**Citation** Bes Hoghton, I. (2025). “*Hospes, hostis: la experiencia de las viajeras francesas e inglesas decimonónicas en Mallorca*”. *Rassegna iberistica*, 48(123), 127-140.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2025/24/007

## 1 Introducción

Las primeras leyes de hospitalidad se definieron en la Antigüedad. Considerada virtud y acto virtuoso, la hospitalidad es entonces un deber hacia los dioses que honra a quien la práctica. La acogida homérica trata al extranjero, sea quien sea, como a un amigo, y convierte en miembro de la familia al *hostis*,<sup>1</sup> quien debe ser lavado, alojado, alimentado y protegido. Si estas leyes perduran a lo largo de los siglos, el filósofo alemán Immanuel Kant, en su obra *La paz perpetua* (1795), las transforma en un deber y un derecho natural universal,<sup>2</sup> aunque limitado únicamente para los visitantes a corto plazo y siempre que no implique la ruina del anfitrión. A finales del siglo XVIII, la hospitalidad se pierde gradualmente en toda Europa debido a la expansión de los viajeros y comerciantes. Y como lo indica el tomo VIII de la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, de arts et des métiers* de Diderot y D'Alembert (1766), esta ley natural termina siendo muy restringida:

Il semble même, que pour être tenu par la loi naturelle, aux services de l'hospitalité, pris dans toute leur étendue, il faut 1<sup>o</sup>. que celui qui les demande soit hors de sa patrie, pour quelque raison valable, ou du moins innocente ; 2<sup>o</sup>. qu'il y ait lieu de le présumer honnête homme, ou du moins qu'il n'a aucun dessein de nous porter préjudice ; 3<sup>o</sup>. Enfin, qu'il ne trouve pas ailleurs, ou que nous ne trouvions pas de notre côté à le loger pour de l'argent. Ainsi cet acte d'humanité étoit incomparablement plus indispensable, lorsque les maisons publiques, commodes, & à différens prix, n'existoient point encore parmi nous. (Diderot 1766, 260)

---

La publicación de este artículo ha sido posible gracias al proyecto *Itinerarios hispanistas: viajeras francesas y británicas por España* (2024-25), financiado por la Casa de Velázquez junto con el IUC y el IUHJV de la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona).

<sup>1</sup> La palabra huésped proviene del latín *hospes*, que deriva del verbo *hostire*, del cual surge *hostis*, cuyo primer significado es 'extranjero' o 'huésped', y el segundo, 'enemigo'.

<sup>2</sup> «Hospitalidad (*Wirthbarkeit*) significa aquí el derecho de un extranjero a no ser tratado hostilmente por el hecho de haber llegado al territorio de otro. Este puede rechazar al extranjero, si se puede realizar sin la ruina de éste, pero mientras el extranjero se comporte amistosamente en su puesto no puede el otro combatirlo hostilmente. No hay ningún derecho de huésped en el que pueda basarse esta exigencia (para esto sería preciso un contrato especialmente generoso, por el que se le hiciera huésped por cierto tiempo) sino un derecho de visita, derecho a presentarse a la sociedad, que tienen todos los hombres en virtud del derecho de la propiedad en común de la superficie de la tierra, sobre la que los hombres no pueden extenderse hasta el infinito, por ser una superficie esférica, teniendo que soportarse unos junto a otros y no teniendo a nadie originariamente más derecho que otro a estar en un determinado lugar de la tierra» (Kant 1989, 27).

Cuando la escritora George Sand (en 1838-39), la marquesa de Westminster, Elizabeth Mary Grosvenor (en 1840), la periodista Jane Dubuisson (en 1841), la primera mujer francesa en viajar sola por España, Joséphine de Brinckmann (en 1850), la viajera británica H. Belsches Graham Bellingham (1878) y la colaboradora de la *Revue de Géographie*, Mme de Harrasowsky (en 1894) visitan Mallorca, la hospitalidad ya no es de uso obligatorio. Sin embargo, la amabilidad de los pueblos sigue siendo un factor de atracción, como demuestra la importancia que las viajeras otorgan al tema de la hospitalidad en su relato de viaje.<sup>3</sup> Las islas baleares gozan del mito de la isla de los bienaventurados, con sus habitantes afables, hospitalarios, ajenos al crimen y al robo. De hecho, como veremos en primer lugar, viajar a Mallorca a principios del siglo XIX no es tanto aspirar a descubrir esa España romántica y llena de orientalismo, que comienza a formar parte del *Grand Tour*, como desear encontrar una isla afortunada, un mito afianzado en Francia al final del siglo XVIII por Bernardin de Saint-Pierre y Jean-Jacques Rousseau.

¿Se verán satisfechas las esperanzas de las viajeras o chocarán con la realidad? Al analizar cómo los relatos de viaje retratan la bienvenida en la isla, la recepción en casas nobiliarias y la acogida en posadas y casas de huéspedes, intentaremos determinar si las viajeras reafirman el tópico de la hospitalidad mallorquina o lo contradicen.

Desde la Antigüedad, el mito de las islas de los Bienaventurados relaciona el paraíso terrestre con una isla (Hesíodo, *Los Trabajos y los Días*; Píndaro, *Olímpicas*, 2; Homero, *Odisea*, 4). Asociado a las islas Canarias (*Fortunae Insulae*) por Heródoto, Plutarco, Plino, Ptolomeo, Horacio y Virgilio, el mito se disocia a lo largo de los años de su referente espacial para aplicarse a cualquier imaginario insular (Pioffet 2005, 161). *El viaje de San Brandán*, en el siglo XII, continúa asentando este tópico al situar el jardín del Edén en una isla. A finales del siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau y Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre lo consolidan por completo. En el tomo LXII de sus *Confesiones* (1782), Rousseau compara lo que vivió en la isla de San Pedro con la felicidad de los Bienaventurados,<sup>4</sup> mientras que, en *Pablo y Virginia* (1787), Bernardin de Saint-Pierre convierte la isla Mauricio en un lugar de amor y belleza, de felicidad primitiva con una humanidad sin pecado, virgen de toda corrupción social.

A lo largo del siglo XVIII, la imagen de las islas Baleares se ve afectada por este mito: naturaleza abundante y paradisiaca, primavera eterna, habitantes afables, felices y tranquilos. La *Histoire*

<sup>3</sup> Las palabras *hospitalité* y *amabilité* o *civility* u *hospitality* y sus derivados figuran varias veces en los textos de todas las viajeras sin excepción.

<sup>4</sup> «C'est la vie des bienheureux dans l'autre monde, et j'en faisais désormais mon bonheur suprême dans celui-ci» (Rousseau 1967, 368).

*du royaume de Majorque* de Nicolas Gabriel Vaquette D'Hermilly (1777, 3) recuerda que el geógrafo griego Estrabón las nombra Eudemones, es decir, muy afortunadas, dato presente igualmente en *Le voyage dans les îles Baléares et Pithiuses* del cónsul francés André Grasset de Saint-Sauveur (1807, 45), la única obra de referencia actualizada y exhaustiva a principios del siglo XIX, citada por un gran número de viajeros decimonónicos (George Sand, Jean-Joseph Bonaventure, Isidore Taylor, Léopold Alfred Germond de Lavigne, Jean-Charles Davillier y Gaston Vuillier). Según este relato de viaje, la población mallorquina practica la hospitalidad como los antiguos: aceptando las ofertas del buen campesino, uno duda si es él quien obliga o está obligado (Grasset de Saint-Sauveur 1807, 45).<sup>5</sup> George Sand confirma en su *Invierno a Mallorca* (1842) esta imagen amable del balear que propagaban los libros de la época:

En todas las geografías descriptivas que he consultado, he hallado en el artículo *Baleares* esta corta indicación que repito aquí, sin perjuicio de señalar más tarde las consideraciones que atenúan su verdad: «Estos isleños son *muy afables* (sabido es que en todas las islas la raza humana se divide en dos categorías: los que son antrófagos y los que son muy amables). Verdaderamente son dulces, hospitalarios, es raro que cometan crímenes, y el robo es, entre ellos, casi desconocido». (Sand 1975, 26)

La periodista Jane Dubuisson insiste en las costumbres tan primitivas de esta provincia (1841, 205), y Joséphine de Brinckmann recuerda que, en el continente, generalmente se considera a las Baleares como «des pays perdus pour la civilisation» (1852, 317) y espera encontrar «un jardin des Hespérides» (1852, 309).

## 2 La bienvenida

Contrariamente a lo que podría suponerse por la asociación de las Baleares con el mito de las islas de los Bienaventurados, a principios del siglo XIX, la hospitalidad en Mallorca no está destinada a cualquier extranjero. Es una hospitalidad selectiva, restringida y controlada, no universal como en las leyes sagradas de la hospitalidad de los antiguos, en las que el extranjero de paso debe ser acogido porque los dioses lo exigen. Para poder gozar del estatuto de huésped,

<sup>5</sup> «On peut, sans crainte, parcourir de nuit comme de jours les campagnes ; s'aventurer dans l'intérieur des montagnes, dans les lieux les plus retirés, on recevra partout l'accueil le plus hospitalier ; en acceptant les offres du bon paysan, on sera en doute si c'est lui qui oblige ou qui est obligé» (Grasset de Saint-Sauveur 1807, 297).

existe una convención implícita a la que todas las viajeras se someten: la cadena de recomendaciones. La recomendación es el medio que permite transformar al extranjero hostil (*hostis*) en extranjero favorable (*hospes*). Desde Francia, el viajero debe ser recomendado a la persona que le abrirá las puertas de la isla: su cónsul. Este compatriota, a su vez, les proporciona, a su llegada, las cartas de recomendaciones imprescindibles para alojarse en casa del vecino, encontrar un medio de transporte o un guía.

Joséphine de Brinckmann viaja con una carta circular del ministro (1852, 7), y George Sand lo hace con recomendaciones del conde Molé, presidente del consejo y ministro de Asuntos Exteriores (Abbadie 1986, 142), así como de Gaspar Remisa, amigo del conde de Marliani del consulado de España en París, quien le proporciona una carta de crédito ilimitado con el banquero Canut en Palma.<sup>6</sup>

Para todas las viajeras de nacionalidad francesa, la bienvenida a la isla está a cargo del agente consular francés. Este último constituye su primer contacto en Mallorca y les brinda ayuda durante todo su viaje. El cónsul es el primer *hospes*. Su objetivo es *hostire*, es decir, compensar, igualar, porque las viajeras en tierras extranjeras no están en igualdad de condiciones con los ciudadanos del país, y el anfitrión debe actuar como protector. Más aún, tratándose de mujeres, porque, como subraya Joséphine de Brinckmann, la franca y cordial hospitalidad española es «la meilleure protection à l'étrangère qui osait se lancer seule dans un pays qui lui était inconnu» gracias a «ce sentiment généreusement protecteur de la faiblesse féminine» (1852, 3).

Así, el vicecónsul Pierre Hippolyte Flury-Erard saca de un apuro a George Sand. La escritora llega a la isla con sus hijos Maurice y Solange, su criada y su compañero Frédéric Chopin, en el barco de vapor *El Mallorquín*, el 8 de noviembre de 1838. Desde el primer momento, encuentra muchas dificultades para alojarse, lo que le hace dudar sobre la hospitalidad de los mallorquines, una cualidad tan alabada por los amigos españoles que le habían recomendado la isla.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> «París, 16 de octubre de 1838 | Señores Canut y Mugnerot - Palma | Muy Señores míos. | Madame Jorge Sand portadora de la presente, es persona de mi más íntima estimación, y pasando a esta Isla cuyo clima le han indicado sea conveniente a la mejor salud de un hijo suyo, me tomo la confianza de recomendarla a Vs con todo el encarecimiento de mi amistad. | Ruego a Vs se sirven procurarle cuanto le convenga y tengan arbitrio, facilitándole además el dinero que les pidiera, que mediante su recibo, en que deberá esperarse el cambio conveniente, yo lo percibiré en esta. [sic] | Para conocimiento de Vs y evitar los malos efectos de un estravío, pondrá la interesada su firma al pie de la presente, y mediante la fina amistad que Vs me tienen acreditada, les anticipa mi gratitud por el favor que con esta ocasión espero merecerles, y quedo su afmo sego servidor q. s. su b. [sic] | Gaspar Remisa | Firma de Madre Sand: George Sand (A. Dupin)» (Abbadie 1986, 144).

<sup>7</sup> «Pero la dificultad de instalarnos vino muy pronto a preocuparnos, y vimos que los españoles que nos habían recomendado Mallorca como el país más hospitalario y más fecundo en posibilidades, se habían ilusionado lo mismo que nosotros» (Sand 1975, 44).

Tras hospedarse en dos habitaciones de una fonda en Palma, alquila una casa de campo en Establiments. Desafortunadamente, después de un mes de lluvia, el músico cae enfermo y el propietario les obliga a desalojarse por miedo al contagio de la tisis pulmonar. El agente consular los acoge en su casa durante cuatro días, antes de su mudanza a las celdas de la Cartuja de Valldemossa y también a su regreso a Palma, la víspera de su salida el 13 de febrero de 1839.

Unos años más tarde, el cónsul francés, Mr. Cabarrus, se preocupa por el bienestar de Joséphine de Brinckmann, una viajera que recorre la isla sola, entre el 20 y el 27 de junio de 1850,<sup>8</sup> estableciéndole un itinerario preciso del interior de la isla y proporcionándole todas las cartas de recomendación necesarias para alojarse sin problema. Le reconforta sobre la seguridad de Mallorca, donde puede viajar de día y de noche con su fortuna encima, sin preocupaciones (Brinckmann 1852, 312).

El cónsul de Cerdeña, un diplomático angloparlante, asiste a Lady Elizabeth Grosvenor (1842, 184) desde su desembarco en Palma el 29 de diciembre de 1840 hasta su salida el 2 de enero de 1841. La segunda marquesa de Westminster viaja en su yate con su esposo,<sup>9</sup> Richard Grosvenor, sus cuatro hijos: Elizabeth, Hugh, Mary Frances y Caroline Amelia, una criada y un sirviente. Mr Constant no solo los acompaña en su recorrido por Palma y en su visita a la catedral, sino que también les presenta a amigos suyos que hablan inglés y les ofrece una ensaimada hecha por las monjas para el desayuno (Grosvenor 1842, 188). El intérprete del cónsul se presenta para ofrecer sus servicios a la señora Belsches (1883, 17) y a sus amigas a bordo del barco atracado en el puerto de Palma el 20 de abril de 1878.

El adjunto al consulado de Austria, el banquero M. Miguel Umbert, es un verdadero *Sésame, ouvre-toi* en la isla para Mme de Harrasowky (1895, 357), de nacionalidad austriaca, quien visita a un compatriota, el archiduque Luis Salvador de Habsburgo Toscana, a finales de abril de 1894.

En todos los relatos, los agentes consulares reciben los primeros calificativos «hospitalario» o «amable» otorgados por las viajeras (Sand 1975, 59; Brinckmann 1852, 312; Harrasowsky 1895, 357; Grosvenor 1842, 188), ya que, sin la cordialidad de este conciudadano

<sup>8</sup> Recorre la península sola desde el 23 de octubre de 1849 y da una vuelta por Mallorca del 20 al 27 de junio de 1850, entre la visita de Barcelona y la de Zaragoza de donde regresa a Francia el 7 de julio de 1850. Su recorrido incluye: Irún, Burgos, Valladolid, Segovia, Madrid, Toledo, Aranjuez, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Lisboa, Gibraltar, Algeciras, Tarifa, Ronda, Málaga, Granada, Almería, Cartagena, Murcia, Elche, Alicante, Valencia, Murviedro, Tarragona, Barcelona, Palma, Zaragoza, Huesca.

<sup>9</sup> Su viaje empieza en Plymouth el 2 de octubre de 1840 y pasa por la bahía de Vizcaya, la costa de Portugal, se para en Lisboa, Cádiz, Sevilla, Tánger, Gibraltar, Málaga, Granada, Córdoba, Almería, Cartagena, Montjuic, Barcelona, Palma, Nápoles, Roma, Sorrento, Capri, Stromboli, Messina, Taormina, Siracusa, Mar de Mármore, Constantinopla.

y sus cartas de recomendación, la legendaria hospitalidad homérica de los mallorquines -quienes reciben, albergan y festejan gratis- no habría existido. La generosidad resulta de la simple recomendación, como recuerda George Sand, y del sistema de solidaridad de intereses establecido entre las castas de Mallorca, y no de «la caridad religiosa ni la simpatía humana» (1975, 167):

Sed, pues, recomendados a un payés, sea por un noble, sea por un rico (y ¿Por quién más podríais estarlo si no hay clase intermedia?) y al instante se abrirá su puerta ante vosotros. ¡Pero intentad pedirle un vaso de agua sin esta recomendación y veréis lo qué sucede! (Sand 1975, 168-9)

Estas cartas permiten, entre otros aspectos, la recepción de las viajeras en casas nobiliarias.

### 3 La recepción en casas nobiliarias

En el siglo XIX, la hospitalidad parece estar unida al concepto de civильidad y urbanidad. Estos términos se utilizan en paralelo tanto en los textos de la marquesa de Grosvenor en 1840 (1842, 185) como en el relato de Mme de Harrasowsky en 1895 (1895, 410). De ley sagrada incondicional en la Antigüedad (institucionalizada, ritualizada y codificada), pasando por ética del don de la caridad bíblica (virtud moral y religiosa de todo cristiano), a derecho natural y universal (más que un simple acto benefactor) a finales del siglo XVIII, con la Revolución Francesa, acaba reducida a un mero derecho de visita condicionado, como ya lo había prescrito Kant. Desaparece el «derecho de huésped en el que pueda basarse esta exigencia (para esto sería preciso un contrato especialmente generoso, por el que se le hiciera huésped por cierto tiempo)»; no es más que «un derecho de visita, derecho a presentarse a la sociedad» (Kant 1989, 27).

Si las viajeras, todas provenientes de familias de la alta burguesía o de la aristocracia, son acogidas en casa de los nobles mallorquines, incluso en ausencia de los propietarios, como es el caso de Mme de Harrasowsky que visita La Granja sin el Sr. Fortuny (Harrasowsky 1895, 357), es gracias a la urbanidad de estos caballeros. La hospitalidad hacia personas presentadas y de un mismo nivel social es una costumbre, una convención implícita entre dos sociedades que asegura a sus miembros respectivos la misma recepción cuando viajan.

Estas últimas son recibidas por la alta sociedad mallorquina como a una amiga más, con comida exquisita, conversación animada y, a veces, conciertos de música. El trato con el invitado extranjero es igual al trato con el invitado nacional; se le integra en el círculo íntimo y se intenta disipar la extrañeza.

Jane Dubuisson, invitada a almorzar en casa del marqués de la Romana en 1841, se regocija de esa tarde embriagadora bajo un cielo poético, acompañada de música de Haydn, Cherubini, Mozart y Palestrina, y de cantos en los que todos participan sin soberbia (1841, 215). Joséphine de Brinckmann, recomendada al conde de C., quien le sirve de cicerone durante su visita a la ciudad, se aloja en su palacio de verano en Pollensa, donde disfruta de todo su lujo y comodidad (1852, 317). «En véritable Espagnol, M. de C. me dispensa de la bonne hospitalité de ce pays» (1852, 5) afirma la viajera, cuya meta al publicar las cartas dirigidas a su hermano a lo largo del viaje es corregir los errores cometidos en perjuicio de España. Insiste en la cortesía del hidalgo español cuando el conde de T. la salva de un apuro llevándola en su carro, a su regreso de Artà, para no perder el barco hacia Barcelona:

Ce Monsieur eut la bonté de descendre immédiatement pour venir m'engager à monter dans sa voiture ; c'était un procédé trop aimable pour que je m'en étonnasse en Espagne et à Majorque, je m'empressai donc d'accepter. (Brinckmann 1852, 323)

George Sand contradice esta visión positiva del aristócrata mallorquín. La escritora subraya que, si se ofrece todo al huésped, como lo exigen las costumbres y la urbanidad, las conveniencias dictan que este último no acepte:

Hay una frase usual en Mallorca, como en toda España, que evitar tener que prestar alguna cosa; consiste en ofrecerlo todo: *la casa y todo lo que hay en ella está a su disposición*. No se puede mirar un cuadro, tocar una tela, levantar una silla sin que se le diga con perfecta amabilidad: *Es a la disposición de usted*, pero guárdese bien de aceptar siquiera un alfiler, pues se cometería una grosera indiscreción. (Sand 1975, 45)

La viajera comete el error de aceptar el coche del marqués de Bastida para un paseo y, tras recibir una nota del hidalgo al día siguiente, se apresura a devolverlo. Explica esta cordialidad solo de palabras por la escasez de mercancías, muebles y alojamientos en Mallorca tras la llegada masiva de refugiados que huyen de la guerra civil en la península y la apatía de la población (Sand 1975, 45). Al contar solo con lo estrictamente necesario debido a circunstancias excepcionales, resulta difícil cumplir con los deberes de la hospitalidad.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> «Si otras se consideraban en el deber de atendernos movidos por la bondad de su corazón, ninguna (es necesario decirlo para comprobar la penuria que padece ese país por culpa de la Aduana y la falta de industria) verdaderamente hubiese podido ceder-nos un rincón en su casa, sin imponerse tales molestias y privaciones que, en verdad, hubiéramos sido indiscretos aceptándolo» (Sand 1975, 46).

La mala experiencia de la novelista va más allá: en lugar del don que supone la hospitalidad, padece del provecho que se saca del forastero, a escondidas. La alteridad permite conductas que no son aceptadas en la sociedad del huésped. En vez de compensar o igualar, se exacerba la diferencia y se mantiene al otro en el *hostis* (enemigo) para explotarlo. La hospitalidad se convierte en 'hostipitalidad', para usar el término de Jacques Derrida (1999, 27).

Si, según los usos mallorquines, no es decente especular con su propiedad, el Sr Gómez no duda en alquilarles la casa de Son Vent en Establiments en secreto (Sand 1975, 165). La escritora pretende no haber tenido «una sola relación de dinero, por pequeña que fuese, con los mallorquines, en que no encontrara de su parte una mala fe impudente y una grosera avidez» (Sand 1975, 166). La reacción de la población hacia la enfermedad de Frédéric Chopin, asustada por un posible contagio y que les rechaza de todos los sitios, alimenta el odio de la novelista hacia los vecinos, emociones que aflora por todo su relato de viaje. Les niega cualquier atributo de hospitalidad, sinceridad, grandeza, antiguas virtudes, abnegación hacia un desconocido, probidad o deferencia hacia un extranjero (Sand 1975, 167). Aún más, afirma:

Engaña, estafa, miente, insulta y saquea sin el menor escrúpulo de conciencia. Un extranjero no es un hombre para él. Jamás hurtará una aceituna a un compatriota, pero más allá de los mares, la humanidad no existe en los designios de Dios sino para dar pequeños beneficios a los mallorquines.

Habíamos calificado a Mallorca con el nombre de *Isla de los monos* porque viéndonos rodeados de estos animales, hipócritas píllastres y, sin embargo inocentes, nos habituamos a guardarnos de ellos sin mayor rencor ni despecho que el que causan a los hindúes los gecos y los orangutanes maliciosos y cobardes. (Sand 1975, 169)

Pero ella no es una viajera de visita corta como las demás, sino una persona que se instala por meses con toda su familia. En estas condiciones, las reglas de la hospitalidad gratuita de las que gozan las otras visitantes no pueden aplicarse. Finalmente, se convertirá en verdadera 'enemiga' a la publicación de *Un invierno en Mallorca* en 1841. La mala reputación de la isla que difunde será lamentada por las viajeras posteriores, Mme de Brinckmann<sup>11</sup> y Mme de

<sup>11</sup> «Je regrette de n'avoir pas le talent de cet écrivain, pour dire plus de bien encore qu'il n'a pu dire de mal des braves et intelligents habitants de ces contrées. Comme Française, comme femme, je regrette infiniment le motif qui a pu porter celle-là à s'exprimer ainsi, d'une manière absolument mensongère et je ne sais vraiment pas ce qu'elle a pu y gagner» (Brinckmann 1852, 313).

Harrasowsky,<sup>12</sup> quienes aspiran a reparar el daño con sus escritos, ofreciendo nuevas impresiones.

No obstante, las viajeras no abusan de la hospitalidad de la nobleza mallorquina y, cuando es posible, se hospedan en las pocas fendas disponibles en la isla en aquella época.

#### 4 La acogida en posadas y casas de huéspedes

En el siglo XIX, se desarrolla el sector de la hostelería, que, a su vez, asume la ley de la hospitalidad. Como señala Pierre Gouirand (1991, 9), los hoteleros se convierten en los guardianes de la tradición antigua y adoptan el código que regía la hospitalidad privada. Los propietarios de posada implementan un método de acogida para que el viajero se sienta tan bien recibido como en casa de amigos. Mme de Harrasowsky utiliza la expresión «comme de vieux amis» (1895, 416) para describir la cálida recepción del hotelero de la fonda de Pollensa, mientras que la señora Belsches emplea las palabras «genial kindness and hospitality» (1878, 57) para elogiar a los anfitriones de la posada de Sóller. Sin embargo, la comodidad de las habitaciones o la calidad de la comida no siempre cumplen con las expectativas de las visitantes.

La situación hotelera en Mallorca difiere desde el principio hasta el final del siglo, así como los servicios ofrecidos. En la primera mitad, los albergues son escasos en el interior de la isla, y las viajeras deben alojarse en casas de huéspedes, un concepto que Mme de Harrasowsky se ve obligada a aclarar a sus lectores mediante un pie de página: «*Casa de huéspedes*, maison particulière où l'étranger est parfois reçu à titre de pensionnaire. *Huésped* veut dire *hôte*» (1895, 416). El acceso a estas casas particulares requiere una carta de recomendación o la compañía de un guía que actúe como interlocutor. Las únicas posadas mencionadas en los relatos de las viajeras son las de Santa Margalida y Artà (Brinckmann 1852, 318-19).

En la capital, *Le Cicerone français à Palma de Majorque* de Jaume Cabanellas cita a cuatro hoteles: «*fondas del Vapor, de la Paz, de las tres Palomas, del Caballo Blanco*» (1845, 90), todos muy confortables y a buen precio, según el autor. George Sand menciona otra pensión en un mal lugar, donde alquiló dos pequeñas habitaciones amuebladas

<sup>12</sup> «Pourquoi personne ne songe-t-il à aller visiter Majorque, ce jardin flottant qui donne l'avant-goût du Paradis ? L'ouvrage de George Sand : *Un Hiver à Majorque*, aurait-il à tout jamais effrayé les voyageurs ? Je me suis posé cette question en rouvrant le vieux livre, décidément peu favorable à Majorque. Il est à déplorer que le grand écrivain ait si peu apprécié ce superbe coin de terre dont j'ai rapporté les meilleures impressions. Je voudrais les communiquer aux excursionnistes en quête de nouveau» (Harrasowsky 1895, 353).

(1975, 44). Con los 20.000 refugiados políticos de la guerra carlista,<sup>13</sup> los cuatro hoteles no dan abasto y «es preciso haber sido recomendado y anunciado a veinte personas de las principales y esperado durante unos meses para no tener que dormir en pleno campo» (Sand 1975, 44). Las ilusiones de la escritora de encontrar en Mallorca el lugar más hospitalario y fecundo desaparecen rápidamente. Esta fuerte inmigración provoca, además, penuria alimentaria. Al final del año 1838, el capitán general Villacampa decreta el estado de guerra en Mallorca y ordena poco después el bloqueo de la isla (Xamena Fiol 1991, 298). Después de la segunda guerra carlista, Joséphine de Brinckmann se contenta con huevos y chocolate para cenar, ya sea en Lluc (1852, 316) o en Santa Margarita (1852, 318).

Si bien la guía francesa alaba la comodidad de los hoteles de Palma, nuestras viajeras presentan en sus relatos una versión muy diferente. La habitación de la pensión de George Sand se reduce a «un catre con un colchón suave y rollizo como una pizarra, una silla de enea» (Sand 1975, 44). En la posada de Santa Margarita, Joséphine de Brinckmann se ve obligada a dormir en la única cama disponible en una habitación en ruinas, sin cerradura, encima del establo, con el fuerte olor a mulas y el ruido infernal de las ratas en el desván (1852, 319). Las viajeras no son las únicas en criticar el alojamiento en la isla. Un turista alemán de la segunda mitad del siglo, el doctor y zoólogo Hermann Alexander Pagenstecher, tras encontrarse con dificultades similares para albergarse en Palma, acaba reservando una habitación en la fonda del Vapor en 1867, que le causa una lamentable impresión (Pagenstecher 1989, 56).

Esta crítica de la cama dura y mala comida es un tópico entre los viajeros románticos en España. Como recalca Jean-René Aymes (1983, 18), los albergues deben ser poco acogedores y la cocina, detestable. Joséphine de Brinckmann, en su carta del 1 de enero de 1852, en la que presenta su relato de viaje, hace un retrato feroz del turista frustrado que perjudica la reputación de España:

Il y a d'abord celui qui se croit blasé, qui s'ennuie de tout, sans s'apercevoir qu'il s'ennuie de lui-même. Il part mécontent et arrive de même jusqu'à la frontière, espérant qu'une fois traversée, il éprouvera quelque sensation nouvelle. [...] Pour celui-là, il y aura bien des déceptions [...] À mesure qu'elles arrivent, il maudit de plus en plus son idée de voyage en Espagne, revient dans son pays furieux, ne parle que de mauvaises routes, mauvaises auberges, voleurs qu'il a failli rencontrer. [...] C'est donc ce touriste-là qui a contribué à faire à l'Espagne une fâcheuse réputation ; réputation qui s'est accréditée,

<sup>13</sup> La primera guerra carlista dura de 1833 a 1840, la segunda de 1846 a 1849 y la tercera de 1872 a 1876.

malgré l'absurde exagération de cet *homme-borne* auquel je refuse la qualification de touriste. (Brinckmann 1852, 4)

La situación, sin embargo, mejora a finales del siglo. La atención en las fondas de Palma se ha perfeccionado notablemente. La tartana del hotelero de la fonda de Mallorca va a buscar a Mme de Harrasowsky en el mismo muelle del barco y la lleva a un apartamento fresco y limpio, del cual la viajera sólo tiene alabanzas (1895, 354). En cuanto a la comida, aunque el arte culinario, como lo describe la viajera, sigue poco desarrollado (arroz, huevos y naranjas), el chocolate siempre es perfecto, acompañado de una excelente ensaimada, y los vinos son exquisitos.

En el interior, excepto la fonda de Sóller, que, siendo muy rústica y de comodidad precaria (con paredes blanqueadas de cal, lavabo minúsculo, sillas de paja cojas y un comedor en un patio abierto con palomas volando, gallinas cacareando y gatos pasando) provoca cierta aprensión a la viajera respecto a la comida (Harrasowsky 1895, 411), la fonda de Pollensa, el colegio de los seminaristas de Nuestra Señora de Lluch o la fonda Femenias en Manacor la reciben con extrema amabilidad<sup>14</sup> y le sirven cenas excelentes.<sup>15</sup> Hasta en la casa de huéspedes de Alcudia, la acogida supera sus expectativas: mesa con pescado y carne y habitación de la familia con un verdadero colchón.

La hospitalidad hostelera de finales del siglo ya anticipa la cordialidad del sector hotelero que caracteriza a la isla en la actualidad.

## 5 Conclusión

Si Mallorca goza a principios del siglo de la imagen de la isla de los bienaventurados, con su cordialidad legendaria, las expectativas de las viajeras no siempre se cumplen. Estas últimas no encuentran la hospitalidad universal de los antiguos, sino una hospitalidad condicionada y restrictiva. La aparición de alojamientos hoteleros cambia las reglas: la hospitalidad ya no responde a una necesidad ni se considera un deber del que recibe, sino que se reduce a una voluntad del huésped, es decir, a un acto virtuoso. La hospitalidad regresa, en cierto sentido, a su definición original: la virtud del don. Sin embargo, no se otorga a cualquiera; solo se recibe como amigos a los viajeros recomendados, ya que con el don siempre se espera un contra-don.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> «À la fonda Femenias nous tombons littéralement dans les bras de nos hôtes. On les dirait de vieilles connaissances» (Harrasowsky 1895, 418).

<sup>15</sup> El prior del colegio de Lluch le cede su alojamiento entero con todo el lujo al que está acostumbrada, y el cocinero le sirve una pierna de cordero (Harrasowsky 1895, 414).

<sup>16</sup> Ver sobre este tema el ensayo de Marcel Mauss (1973), «Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques».

Aunque la mayoría de las viajeras, en sus relatos, elogian la hospitalidad de este pueblo e intentan perpetuar su fama de isla afortunada a través de la experiencia positiva que tuvieron, una de ellas, que se encuentra fuera del sistema hospitalario (visita corta), puede darse cuenta de sus limitaciones. La Mallorca del siglo XIX no abre sus puertas a cualquiera y puede oscilar entre hospitalidad y 'hostipitalidad'.

## Bibliografía

- Abbadie, C. (1986). *Les voyages en Espagne de George Sand: 1808 et 1838* [Thèse doctorale]. Grenoble: Université de Grenoble III.
- Aymes, J.R. (1983). *L'Espagne romantique (témoignages des voyageurs français)*. Paris: Éditions Métailié.
- Belsches Graham Bellingham, H. (1883). *Ups and Downs of Spanish travel*. 2nd ed. London: Kegan Paul Trench & Co.
- Brinckmann, Mme de (1852). *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850*. Paris: Chez Franck libraire-éditeur.
- Cabanellas, J. (1845). *Le Cicerone français à Palma de Majorque*. Palma de Mallorca: Imprimerie de P.J. Umbert.
- Choussat, H. (2010). *Souvenirs*. Palma de Mallorca: Ed. Institut d'Estudis Baleàrics.
- Derrida, J. (1999). *Hostipitalité*. Pera, Paras, Poros, Atelier interdisciplinaire avec et autour de Jacques Derrida. Istanbul: YKY.
- Diderot, D.; D'Alembert, J.R. (1766). *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, de arts et des métiers*, tome 8. Paris: Chez Briasson.  
<https://archive.org/details/chefpl-lipr-axd-31-08/page/n6/mode/1up>
- Dubuisson, J. (1841). «Palma». *Revue du Lyonnais*, 8, 205-16.
- Gouirand, P. (1991). «Origines et perspectives historiques de l'accueil». *Téoros*, 10(2), 3-9.  
<https://doi.org/10.7202/1078954ar>
- Grosvenor Westminster, E.M. (1842). *Narrative of a Yacht Voyage in the Mediterranean During the years 1840-41*, vol. 1. London: John Murray.
- Harrasowsky, Mme de (1895). «Majorque. Une visite à l'archiduc Salvator». *Revue de Géographie*, 36, 353-60.
- Kant, E. (1989). *La paz perpetua*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Mauss, M. (1973). «Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques». *Sociologie et Anthropologie*. Paris: PUF, 149-279. Collection Quadrige.
- Medel, R. (1849). *Manual del Viajero en Palma de Mallorca*. Palma de Mallorca: Imprenta Balear de Pedro José Umbert.
- Pagenstecher, H.A. (1989). *La isla de Mallorca. Reseña de un viaje*. Palma de Mallorca: El Drac Editorial.
- Pioffet, M.C. (2005). «Le mythe des îles bienheureuses et quelques-uns de ses avatars romanesques au XVIIIème siècle». *L'insularité, Études rassemblées par Mustapha Trabelsi*. Clermont-Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal.
- Rousseau, J.J. (1967). *Œuvres complètes*. Paris: Éditions du Seuil.
- Sand, G. (1975). *Un invierno en Mallorca*. Palma de Mallorca: Editorial Clumba.
- Xamena Fiol, P. (1991). *Història de Mallorca*. Palma de Mallorca: Editorial Moll.

